

DICCIONARIO DE AMERICANISMOS*

Raúl Rivadeneira Prada

Español peninsular y Español americano

Tras la llegada de los españoles al Nuevo Mundo, se configuran dos grandes registros lingüísticos: el *Español peninsular*, con sus variantes dialectales, y el *Español americano*, que tiene dos vertientes: 1) Las variedades léxicas y fonéticas traídas por andaluces, gallegos, valencianos, castellanos, a la extensa geografía de América, y las incorporaciones de voces procedentes de las lenguas autóctonas; esto, desde el mismo momento del desembarco de Colón, como lo testimonia este fragmento de su primer diario:

“Viernes 26 de octubre. Dixeron los indios que llevaba que avía de ellas a Cuba andadura de día y medio con sus almadias, que son navetas de un madero adonde no llevan vela. Estas son las canoas”.

Pronto se añadirían palabras sin equivalencias en la lengua peninsular, tales como *cocuyo*, *jaguar*, *hamaca*, *cacique*, y otras, principalmente de origen náhuatl. Entrado ya el siglo XVI, se suman los préstamos del quechua, el aimara, el guaraní, y de las lenguas arawak y caribeñas. Los términos más socorridos son los nombres de fenómenos atmosféricos (*huracán*), plantas (*cacao*, *yuca*), animales (*yacaré*, *colibrí*, *cóndor*), frutos (ananá). Entre las voces quechua y aimara: *pampa*, *cancha*, *choclo*, *llama*, *papa*, *puna*, *caucho*, *chirimoya*, *quirquincho*. Del guaraní se toman, a préstamo, *guaraná*, *tatú*, *ñandú* *yacaré*; del náhuatl: *aguacate*, *chocolate*, *cacao*, *tomate*, *cacahuate*, *guacamole*, *jícara*, *mezcal*, *peyote*. De las lenguas arawak: *canoas*, *piragua*, *ají*, *batata*, *bejuco*, *caimán*, *caoba*, *cacique*, *carey*, *jíbaro*, *tabaco*, *tiburón*, *maní*, *hamaca*, *huracán*.

¿Qué son los americanismos?

Con la denominación de “americanismos”, se conoce a una variedad de voces o formas de expresión originadas o usuales solamente en América. Abarca este concepto a las diversas formas dialectales del español, es decir, mexicanismos, colombianismos, bolivianismos, etc. Incluye también una buena porción de anglicismos y angloamericanismos de masiva concurrencia en nuestra lengua, y de

uso cada vez más extenso desde Norteamérica hasta Tierra del Fuego. La diferencia entre el español universal o general, que constituye alrededor del 80% de nuestro vocabulario cotidiano (casa, mesa, libro) y los americanismos puede ilustrarse con este ejemplo: la palabra “trabajo”, en el sentido de empleo u ocupación remunerada, pertenece al español general, pero las voces equivalentes *chamba*, *pega*, y *laburo* son americanismos. Algunos registros dialectales de uso local se transforman en americanismos al alcanzar una mayor extensión diatópica, como es el caso de *bulín*, *cuate*, *chambonada*, *¡chévere!*, *pateadura*, *petaca*, *rancherío*, y otros términos.

El Diccionario de americanismos

El interés por registrar las voces americanas y conservarlas ordenadamente en un catálogo (eso es un diccionario) tiene vieja data. El filólogo alemán Günter Haensch¹ cita como las obras más antiguas en este campo, el *Vocabulario de la lengua mexicana*, del P. Andrés de Olmos, (1547; el *Lexicón o vocabulario de la lengua general del Perú*, de Fray Domingo de S. Thomas (1560); *Arte y gramática de la lengua que corre en todo el Reino de Chile, con un vocabulario*, del P. Luis de Valdivia (1606), y *El tesoro de la lengua guaraní*, del P. Antonio Ruiz, (1639).

En cuanto a los bolivianismos, son dignas de destacar las investigaciones realizadas durante los últimos treinta años por el lexicógrafo boliviano, D. Carlos Coello Vila, quien en el curso de sus pesquisas “descubrió” la obra de Ciro Bayo *Vocabulario Criollo-Español Sud-Americano*, publicada en Madrid, en 1910. “Cuatro años antes (1906) –informa Coello– Bayo había publicado en el tomo XIV de la *Revue Hispanique* un *Vocabulario de provincialismos argentinos y bolivianos*”. Relata que “Una mañana de enero de 1892, año del cuarto centenario del descubrimiento de América, un hombre montado en rocín flaco, aunque sin adarga ni escudo, ingresaba por el camino polvoriento que conduce a la ciudad de Sucre. Era Ciro Bayo (1859-1939). Había llegado de España a Buenos Aires cuatro años antes (...) Bayo pasó por La Paz, Oruro y Cochabamba para llegar a Santa Cruz. Parece que allí vivió un año antes de viajar a los llanos del Este, atravesando las antiguas misiones jesuíticas de los Chiquitos y de los Moxos”². El investigador boliviano reproduce, en otro artículo, una frase de Bayo a quien menciona como “El último de los cronistas hispanos del XIX”. Esta es la cita:

¹ Haensch, Günter. Dos siglos de lexicografía del español de América: lo que se ha hecho y lo que queda por hacer. Ponencia presentada en el I Coloquio Internacional sobre Lexicografía del Español de América. Bogotá, 21 al 25 de marzo de 1988.

² Coello Vila, Carlos. Ciro Bayo, lexicógrafo del español boliviano. En *Lexi-Lexe* No. 6. La Paz, Bolivia, 2006, pp 6-29.

“La verdad es que en aquellos países (los hispanoamericanos) hay neologismos que debieran tomar carta de naturaleza en España, vivificados por la propaganda eficaz de escritores y oradores, como va sucediendo con no pocas voces cubanas. Declaro paladinamente que no conozco en castellano palabras que expresen con más propiedad la idea que representan, como *empaparse*, *blanquear*, *barrajar*, *apunarse* y tantas otras, para cuyo significado remito a este Vocabulario. Tampoco hay en castellano palabras equivalentes a *yapa*, *soborno*, *jacú*, etc. Estos y otros vocablos nuevos, formados de raíces castellanicas debieran servir para aumentar el caudal de nuestro idioma”³. El deseo de Bayo se cumplió en una medida infinitamente mayor a la por él esperada, especialmente durante el siglo XX. La incorporación de americanismos a los diccionarios ha sido gradual. El *Diccionario de autoridades*, publicado entre 1726 y 1739, registra solo 171 voces americanas, entre ellas *aguacate*, *manatí*, *batata*, *papa*, *achiote*, *cacique*, *canoa*, *chicha*, *frutilla*, *hule*, *iguana*, *nigua*, *pulpería*, *quina* y *quinina*; *tabaco*, *tuna* y *zarzaparrilla*. Estas palabras pertenecen ahora al patrimonio del español estándar o común, es decir, al español universal. A la obra de Bayo le sigue una de mayor alcance geográfico: el *Diccionario de americanismos* de Augusto Malaret Jordán, publicada en Mayagüez, Puerto Rico, en 1925.

El Diccionario académico 2010

La incorporación de una buena cantidad de americanismos en el Diccionario de la Real Academia Española, edición de 1925, hizo que se bautizara a este corpus como el “Diccionario de América”. El hecho sirvió también para que se actualizara el viejo proyecto de elaborar un diccionario académico de americanismos. La idea tuvo natural acogida en el Primer Congreso de la Asociación de Academias celebrado en México, en 1951. El congreso aprobó una Resolución que en su parte central expresa:

El primer Congreso de Academias de la Lengua, RESUELVE: *Encomendar a la Comisión Permanente nombrada por el mismo, que arbitre las medidas y emprenda los trabajos necesarios para realizar, lo más pronto posible, la formación de un Diccionario de Americanismos”.*

El V Congreso realizado en Quito, en 1972, ratifica la decisión anterior y acuerda “*proceder lo más rápidamente a la edición de un Diccionario de Americanismos*”. Para dar cumplimiento a esta decisión, se crea el Instituto de Lexicografía Hispanoamericana “Augusto Malaret”, establecido al abrigo de la Academia Puertorriqueña de la Lengua, cuyo fin primordial –dice la Resolución– es “*el estudio de los americanismos en el idioma español y la elaboración y publicación de un Diccionario de Americanismos, aprovechando los léxicos hasta ahora publicados y el material que se recoja de la lengua hablada*”.

³ Coello Vila, Carlos. *Lexicografía y Lexicología en Europa y América. Homenaje a Günther Haensch en su 80 aniversario*. Gredos, Madrid, 2003.

Por varias razones ajenas al propósito de las Academias, el Instituto “Malaret” no pudo cumplir su cometido. No obstante, la idea de hacer el diccionario siguió en pie y fue retomada por el VII Congreso realizado en Santiago de Chile, en 1976. Una resolución de este congreso acuerda: “Recomendar a las Academias Asociadas que intensifiquen los trabajos de sus respectivas Comisiones de Lexicografía sobre las hablas del país, a fin de apresurar la recolección del material para el Diccionario de Americanismos”.

El XII Congreso acordó en Puerto Rico (2002), otorgar un nuevo estatuto al *Diccionario de americanismos*, sentando así las bases de su ejecución. Estableció un método de trabajo similar al que rige las obras panhispánicas. Creó una Comisión Interacadémica, de ocho miembros, entre los que figura el lexicógrafo boliviano Carlos Coello Vila, como responsable del Área lingüística andina. Una comisión asesora y un equipo lexicográfico y técnico trabajaron bajo la conducción de Humberto López Morales.

En las Academias americanas se organizaron también sendas Comisiones Lexicográficas. La de Bolivia estuvo coordinada por Carlos Coello, colaborado por Mario Frías Infante y Raúl Rivadeneira Prada, asistidos por los becarios Rosario E. Villegas, Sotero Ajacopa, Mario Soto, Patricia Rivero, Juana Aguilar, Jovana Huanca y Doris Ayala.

La Real Academia Española consiguió mecenazgos para la financiación de costos y apoyó al proyecto con recursos humanos y técnicos. Se destaca la cooperación del Departamento de Tecnología de la RAE, con un avanzado programa informático que atesora 150 diccionarios de americanismos. El programa fue bautizado con el nombre de ARU, vocablo aimara que significa *voz, lenguaje, idioma*.

El texto básico del *Diccionario de americanismos* recibió la aprobación del pleno de Directores de las Asociación de Academias reunido en Sevilla, en marzo de 2009.

Este es el sazonado fruto del esfuerzo de lingüistas, lexicógrafos y colaboradores americanos, de veinte naciones. Registra técnicamente el español hablado y escrito por 370 millones de personas. Contiene 54962 entradas, 120109 acepciones, 15937 entradas con marca Bolivia **(Bo)**.

Con marca exclusivamente de Bolivia, tenemos 5437 vocablos (10% del total de entradas, cantidad que señala la importante presencia boliviana en esta obra. Carlos Coello Vila no solo puso a disposición de la Academia su tesoro léxico acumulado en varias décadas de trabajo para un diccionario ejemplificado de bolivianismos, que se halla en su última fase de elaboración, sino que también condujo técnicamente el

trabajo de la Comisión de Lexicografía, instruyendo a sus miembros en la correcta interpretación de la compleja macroestructura de la obra.

Este diccionario es actual, pues abarca el español americano de los últimos cincuenta años, es descriptivo: muestra el amplio panorama dialectal de América, sin ningún propósito normativo; es diferencial, respecto del español universal común a todos los hispanohablantes, y dialectal; características que se yerguen sobre los sólido cimientos de un moderno modelo lexicográfico.

La letra más socorrida es la C, cuyas entradas representan cerca del 20 por ciento del total de la obra. El artículo más extenso corresponde al verbo *dar*. Ocupa 14 páginas de las 2333 del diccionario. Comparten la locución *a todo dar* Bolivia, México, Honduras, Ecuador, Perú y Chile. El verbo *concuasar* lleva las marcas de Bolivia, Perú y Paraguay. El verbo *bolsiquear* se usa en Bolivia y Argentina; en cambio el sustantivo *bolsiqueo* es un bolivianismo.

La locución interjetiva *¡a la macana!* es usual en Bolivia y Nicaragua, pero *¡macana!*, interjección que denota rechazo, es solo un bolivianismo. La palabra *coatí*, de origen guaraní, es uno de los americanismos plenos, pues lleva las 20 marcas americanas. Con 19 marcas figura el verbo *monitorear*, tomado del inglés “To monitore”. En este punto cabe hacer notar que hay bolivianismos contruidos a partir de variaciones fonéticas en la pronunciación de voces extranjeras, por ejemplo de “hot-dog”, *jádoc y jadoquero*, (a); de “high life”, *jailón*, (a); de “chateaubriant”, *chatobrián*; de “corteggio”, *cortejo*, (a); de “panettone”, *panetón*.

No faltará quien pregunte para qué sirve un diccionario como éste. Pues bien, para conocernos entre americanos y para que otros nos conozcan a través de la lengua en que nos comunicamos, sepan nuestros significados que, por ser distintos y a veces insospechados, pueden ponernos en aprietos por ejemplo cuando decimos en otros países palabras en ellos prohibidas por sus connotaciones vulgares o malsonantes.

Este diccionario tiene también una función decodificadora en cuanto le sirve al usuario para descifrar unidades textuales de discursos orales o escritos, en sustitución o complementación de los tradicionales glosarios que un autor inserta en sus obras principalmente en las literarias de urdimbre costumbrista.

Veamos algunos ejemplos: Un mismo oficio o una misma cosa tienen denominaciones distintas: en Bolivia decimos *lustrabotas*; en México, *bolero*. Nosotros decimos *ómnibus* o *colectivo*; en México, *camión*, en Cuba, *guagua*; pero *guagua* en Bolivia, Chile y Ecuador significa bebé o niño de corta edad.

El *Diccionario de americanismos* tiene un índice especial para palabras con más de diez sinónimos. Hay en América 468 sinónimos de *tonto* o *bobo*, entre ellas los bolivianismos *bolas*, *bruto*, *buey*, *chambón*, *crudo*, *menso*, *opa*, *pajarón*, *pelópidas*, *sonsón*, además de las usuales adjetivaciones de grueso calibre que se cuentan por decenas.

Bolivianismos

Parece preciso señalar que son bolivianismos por antonomasia las voces que solo se usan en Bolivia. Pero el concepto cubre también a las voces y acepciones que, originadas en Bolivia, se comparten con los hablantes de otros países, en cuyo caso parece más apropiado hablar de americanismos. Hecha esta aclaración, registramos dos tipos de bolivianismos:

1) Los bolivianismos de uso extenso, en todo el país, por ejemplo *peta* (en el sentido de vehículo pequeño de la marca VW), *cuñapé*, *pajla*, *opa*, *tutuma*, *chapaco*, *singani*. Estos llevan simplemente la marca Bo.

Un párrafo aparte merece el registro –¡por fin!– de la voz *singani* como bolivianismo. De esta manera el *Diccionario de americanismos* que, como se sabe, es un producto consensuado de las 20 Academias americanas, ha dirimido una vieja disputa entre los lexicógrafos bolivianos y chilenos, entre las Academias Boliviana y Chilena, sobre el origen de esta palabra, habiéndose establecido, definitivamente, que la voz es boliviana. Ciro Bayo la incorporó ya en su *Vocabulario de Provincialismos Argentinos y Bolivianos* (1906) con la siguiente descripción: “Singani: aguardiente de uva muy amoroso al paladar, así llamado de la finca de aquel nombre situada en el valle de Turuchipa, en el Departamento de Potosí”. Por su parte, el escritor Gunnar Mendoza precisa que *singani* viene del topónimo quechua *Siwingani*, que significa “lugar donde abunda la *siwinga*”, un arbusto de hojas lanceoladas que crece principalmente a las orillas de ríos y quebradas. El sufijo *ani*, *ni* señala en las lenguas vernáculas aimara y quechua “lugar de”. Ejemplos: “*Rosasani*: lugar de las rosas o rosedal; *Kantutani*: lugar de las kantutas; *Achumani*: lugar de los cardos o cardizal”.

2) Los bolivianismos de uso regional, que llevan junto a la marca **Bo** las referencias N (Norte), S (Sur), NO (Noroeste), SE (Sudeste), etc. Ejemplos: *chacharse*, *pasankalla* y *peta* (en el sentido de tortuga), *cuquear*, *curucusí*, *ocoró*, *cayubaba*.

Registramos el uso creciente, en nuestro país, de voces procedentes de otros sistemas dialectales, como los mexicanismos *cuate* y

guacamole; los peruanismos *cebiche* y *anticucho*, o los argentinismos *boliche* y *gauchada*.

El *Diccionario de americanismos* es como un álbum fotográfico del español americano. Allí están los retratos de cada comunidad hispanohablante, con sus rasgos peculiares. El de Bolivia está pintado sobre el lienzo policromo del altiplano, los valles y los llanos, donde nos reconocemos a nosotros mismos y reconocemos al hermano en el canto del *guajojó* entre las ramas del *cupesí*, y los trinos mañaneros del *chihuanco* en lo alto de los *guindales*; en el sabor del *majao*, el *chairo* y la *fritanga*; en los rostros inconfundibles del *chapaco*, el *colla*, el *camba*, la *cunumi*, el *llocalla*, la *imilla* y la *pelada*.

Nos encontramos en la dulzura del *empanizao* y la *pasankalla*; en el reconfortante refrigerio que obsequian el *chivé*, el *somó*, la *aloja* y el *mockochinchi*; en los bocados de *cuñapés*, *llauchas* y *maicillos*; en los entrañables y emblemáticos colores del *patujú* y la *cantuta*.

Desbordamos alegrías, tristezas y osadías en el *buri*, el *presterío* y las fiestas familiares al embrujo de la *cueca*, el *huayño* y el *taquirari*. Admiramos los musculosos brazos de mujeres de pollera que muelen ají y granos de *choclo* en el *batán* para las *humintas*, y a las vestidas de *tipoy* pelando arroz en el *tacú* para cernerlo en el *urupé*. Entendemos sin problemas, si uno le dice a otro “*Prestáme unas lucas, hermanito*”, y éste le responde: “*No puedo, estoy yesca*”. Nos fascinan, las historias de *yoperojobos*, *caimanes* y *sicurís*, tanto como nos subyugan los sonoros vocablos *siringa*, *acahachairú*, *güembé*, *marigüi*, *taitetú*, *alasita*, *chiwiña*, *palomitay*, *ulala*, *kirkiña*...

Nos llena de asombro el mágico y trenzado abrazo mortal entre el *bibosi* y el *motacú*; y admiramos la señorial belleza *del tajibo*, la imperturbable cadencia del *molle*, la envidiable fortaleza del *algarrobo* y la tenaz vitalidad de la *tatora*.

En ellos puede verse la voluntad de coexistir como una sola nación boliviana porque el lenguaje es laborioso forjador de la armoniosa unidad entre los pueblos, aun dentro de la mayor diversidad demográfica.

Disertación de D. Raúl Rivadeneira Prada, Director de la Academia Boliviana de la Lengua en el acto de presentación del **Diccionario de americanismos, en la XV Feria Internacional del Libro.*

La Paz, Bolivia, 26 de agosto de 2010.